



Reseñas

Viaje y reencuentro en *Víspera de la Ceniza*

Gregory Zambrano, *Víspera de la ceniza*. Mérida: Editorial Venezolana, 1990, 53 p. (Ediciones MUCUGLIFO, 7).

Manuel Gayol Mecías

La vida es un viaje en el que puede sentirse el cambio de la forma, el salto de la esencia; el espíritu se engrandece a través de la poesía. La vida es la espiral "y tu sueño tiene la lumbre de la misma estrella", dice Gregory, y la estrella es un fragmento del espejo cósmico donde aparece nuestro rostro.

En efecto, el rostro ante el espejo no es la simple incidencia de los ojos, no es el reflejo de un objeto, sino la mirada que hurga –"colmada de preguntas"– en la memoria del rostro. El espejo es la memoria, el aliento de la nostalgia y el recuerdo de

las heridas que alguna vez quedaron sin cicatrizar. Esto es lo que sugiere su breve poema "Laguna":

Traer al rostro
la única presencia del espejo
el hilo finísimo de la voz
repitiendo en cada sílaba
los días.

La memoria y su reflejo
hacen callar al que soy ahora
uno que desata a gotas
los tiempos idos
y sus nostalgias

(p. 16).

Todo el libro **Víspera de la ceniza** vale un espejo, que en la medida de su universalidad, responde las preguntas del rostro que interroga.

Así, el poemario desborda sus postulados, no tiene límites, viaja hacia las utopías, hacia un país quizás imaginario, "donde amar significa más/ que un verbo una certeza". Porque resulta que la imaginación viene a ser la realidad de los poetas, es la luz que dispone de nuestros movimientos y crea un país por encima de las circunstancias, válida opción, porque lo que importa es que "ese país ha roto las ataduras/ ese país habita mi corazón", habita el mundo del poeta.

Y el poeta está aquí, entre nosotros. Ha hecho su viaje para invitarnos al viaje. Viene de una región telúrica, de una región tan disímil y unívoca como son los versos de Vicente Gerbasi, de José Barroeta, Ludovico Silva, Ramón Palomares y Armando Rojas Guardia, así como las ideas críticas de Orlando Araujo, y todos son vasos comunicantes entre sus páginas, altos valores entre los tantos que recorren la cultura

nacional. Venezuela es un país de pasiones y matices, tan complejo como su belleza, profunda en sus selvas, ríos y lagos, en su gente inquieta y amorosa. Venezuela es la altura y la fuerza en su cordillera de Los Andes; el Pico Bolívar, nombre del Libertador querido, que agiganta la franqueza de Mérida, ciudad natal y punto de partida de Gregory, donde también se confabulan los duendes de cualquier leyenda, los ángeles de Rilke y hasta puede revolotear la jiribilla de Lezama. Mérida es una inminencia de sentidos dentro de Venezuela: ciudad campestre, ciudad-paisaje, de ferias y costumbres aldeanas, y también de sorpresas y contrastes: zonas de neón, de violencias y soledades, con su orbe estudiantil de huelgas y manifestaciones: tragedias y jolgorios mientras los caballeros pasean sus autos por las avenidas. Mérida es un lugar de tertulias fraternales y del asombro en las esquinas rotas cuando llega la primavera: una ciudad donde –como en La Habana– existe el laberinto del Minotauro que acecha, y sus poetas –como nosotros– como Dédalo, buscan la salida hacia la luz. Es la luz de la palabra que viene en Gregory Zambrano a nombre de los amigos, de los poetas, de la “sombra tras la puerta” (“acecharé al otro que vive en mí y ríe eternamente”, dirá él) en su nombre propio que es el nuestro, porque también todos –como dijo Octavio Paz– *somos el Otro*. La luz entonces está aquí, ahora, surgida de hecho en el instante de la revelación poética... Al mismo tiempo nos descubrimos en el amigo, y queda en la memoria el preciso punto en que nos cruzamos los poetas de Cuba y Venezuela. Su país es mi utopía, y viceversa. El viaje se realiza en todas direcciones.

La despedida, por lo pronto, se perfila en el poema “Al margen de esta orilla”, sangra el corazón y queda el momento supremo del otro. Y el otro nos deja este libro y las sensibilidades de muchos agonistas: “La plenitud de la mirada/ tras el cristal húmedo/ [que] multiplica las angustias sepultadas”, dice...

Esta incertidumbre que aleja el aliento
si dos rocas de fuego arden tempestivamente
hasta en los sueños.

(p. 28).

De modo que el poeta y su lector son esas rocas que reviven en la alquimia del fuego; en el viaje, íntimo y secreto, de la luz... Vamos, pues, a trasvasar los corredores de la imaginación hacia los recónditos parajes de este amigo sincero, que nos trae su emoción y su decir de mano franca.

Lelia Delgado R., Seis ensayos sobre estética prehispánica en Venezuela. Col. Estudios. Monografías y Ensayos, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Caracas, 1989. 133 pp.

Simón Noriega

Una mirada a la Historia de la Historiografía venezolana, revela que a nuestro período prehispánico se han acercado acuciosos y diestros investigadores. A parte de las fuentes primarias (cronistas y viajeros de Indias), del tema se han ocupado J.C. Salas, M. Briceño Iragorry, Antonio Requena, Elías Toro, L. Oramas, Acosta Saignes, Cruzent, Sanoja y tantos otros que ahora se me escapan. Pero la mayoría de estos autores han soslayado la consideración del mundo estético de nuestras sociedades primitivas. Ello no ocurre sino hasta la